

La seguridad regional en Medio Oriente y el papel de Arabia Saudita

*The regional security in Middle East
and the Saudi role*

Dr. Mohamed Badine El Yattioui
Dr. Yassine El Yattioui

Resumen

En los últimos años, Arabia Saudita se ha visto involucrada en varias crisis regionales, tensando su posición central en Medio Oriente y en la escena internacional.

Esto se ilustra en los conflictos orquestados desde Riad para derrocar a algunos de los regímenes vecinos, ya sean aliados (Yemen) o enemigos (Siria), lo que se suma a otras crisis políticas importantes que impactan a la seguridad (Líbano, Qatar), y que agravan aún más la frágil situación a nivel regional.

Al mismo tiempo, el reino está tratando de modernizar su economía y su sociedad. Todos estos fenómenos están vinculados, directa o indirectamente, a su hostilidad hacia el eterno rival iraní, ya que el objetivo de ambos países es la hegemonía regional.

El joven Mohamed bin Salmán, por su parte, tiene un papel central en la política nacional desde 2015, tras su nombramiento como Ministro de Defensa y Director de Asuntos Económicos y

Abstract

In recent years, Saudi Arabia has been involved in several regional crises, straining its central position in the Middle East and on the international scene.

This is illustrated by the conflicts orchestrated by the Saudi regime aimed to overthrow other regimes in place, whether they are allies (Yemen) or enemies (Syria). In addition, other major political crises with security consequences (Lebanon, Qatar) further aggravate the fragile situation at the regional level.

At the same time, the Kingdom is trying to modernize its economy and its society. All these regional conflicts are linked, directly or indirectly, to its hostility towards the eternal Iranian rival, since the objective of both countries is regional hegemony.

The young Mohammed bin Salman, for his part, has a central role in national politics since 2015, following his appointment as Minister of Defense and Director of Economic Affairs and Development. In 2017, after a power struggle

Desarrollo. En 2017, luego de una lucha por el poder al interior del palacio real, el joven MBS, como es apodado, se convirtió en el príncipe heredero.

Este trabajo tiene como objetivo analizar los elementos que permiten comprender la agresiva estrategia de Arabia Saudita, sus objetivos y sus riesgos.

Palabras clave: Arabia Saudita, geopolítica, liderazgo, seguridad regional, Mohammed Ben Salmane.

within the royal palace, the young MBS, as he is nicknamed, became the crown prince.

This work aims to analyze the elements that make it possible to understand the aggressive strategy of Saudi Arabia, its objectives and its risks.

Keywords: Saudi Arabia, geopolitics, leadership, regional security, Mohammed Ben Salman

Introducción

Al mirar de cerca un mapa mundial de despliegue militar, podemos identificar inmediatamente al Oriente Medio. Si nos acercamos aún más, el mapa cubre un área muy amplia de Egipto y la totalidad de la Península Arábiga, incluyendo Arabia Saudita.

Se trata de una zona que se encuentra bajo influencia estadounidense desde 1945, por lo que sus empresas petroleras siempre tuvieron prioridad –sobre todo en Arabia Saudita–, por encima de las empresas británicas. Hoy en día, Arabia Saudita tiene la segunda mayor reserva de petróleo del mundo, después de Venezuela, y como en tiempos del rey saudí Abdul Aziz (1880-1953), el futuro y la unidad del reino están fuertemente vinculados a Washington.

El nacimiento de esta relación especial con los Estados Unidos es fruto de la reunión que sostuvieron, a bordo de un buque de guerra estacionado en Egipto, el presidente Franklin D. Roosevelt y el rey Abdul Aziz Al Saud. Es el famoso Pacto de Quincy, celebrado el 14 de febrero de 1945. Ahí se fijaron las garantías de protección militar a la monarquía a cambio de un fácil acceso a los recursos petroleros saudíes (Laurens, 2016). Desde entonces, el paraguas de seguridad estadounidense cubre gran parte del Golfo Pérsico y la satisfacción de los intereses de Estados Unidos se tradujeron en la estabilidad del reino.

La primera base militar de Estados Unidos en la región se estableció en 1948, en la pequeña isla de Bahrein, origen de la Quinta Flota que ahora cubre áreas más grandes; además del Golfo Pérsico, todo el Océano Índico. Ésta y otras instalaciones militares, que se convirtieron en la columna vertebral de la estrategia de defensa de Arabia Saudita –y de la seguridad energética del comercio marítimo mundial–, también responden a las nuevas amenazas a la seguridad regional, como el terrorismo transnacional y la piratería frente a las costas de Somalia y el Golfo de Adén (Tétart, 2017).

Con la Revolución Islámica de 1979, la influencia de Estados Unidos en la región sufriría algunos cambios, confinándose a la fachada occidental del Golfo Pérsico, es decir, Arabia Saudita, Bahreín, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Omán. Irán, a partir de los años ochenta, se convirtió en un enemigo, una amenaza real a los intereses de Estados Unidos y sus aliados árabes.

Aunque la presencia de Washington es aceptada por estos –a través de varios acuerdos en donde se establece, por ejemplo, la venta de armas estadounidenses a Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos o Kuwait–, en ocasiones esta presencia se percibe de manera negativa por la opinión pública. Este rechazo a la omnipresencia de la superpotencia americana quedó de manifiesto en la figura de Osama bin Laden, quien habría desarrollado un profundo antiamericanismo durante la Guerra del Golfo en 1991.

De acuerdo con Frank Tétart (2017), bin Laden concentró en su persona los sentimientos de algunos saudíes, especialmente el malestar que les causaba que los *no creyentes* –los estadounidenses– fueran capaces de caminar sobre la tierra santa de Arabia Saudita. Éste es un argumento que evocará Osama bin Laden a lo largo de los años, tanto para explicar su resentimiento hacia los estadounidenses y su rechazo a la dinastía saudí –a quienes consideraba traidores al islam–, como para justificar los ataques contra Nueva York y Washington en septiembre de 2001.

Los numerosos objetivos de la nueva estrategia de Arabia Saudita

Desde junio de 2017, el príncipe heredero de Arabia Saudita, Mohammed bin Salmán, no hace más que enviar señales contradictorias. A sus 33 años, ya era considerado un jefe de Estado moderno, capaz de controlar a la policía religiosa del país, y de negociar para que a las mujeres saudíes ahora se les permita conducir, asistir a partidos de fútbol y emprender un negocio sin el consentimiento de su tutor masculino.

En el plano económico, el príncipe heredero comenzó a implementar una serie de reformas comprendidas en su Visión 2030, presentada en abril de 2016. Se preveía, por ejemplo, la cotización en bolsa del gigante petrolero Aramco, así como diversos megaproyectos que brindarían a Riad, la imagen de una ciudad dedicada al entretenimiento.

A nivel turístico, las autoridades esperan atraer a 17 millones de visitantes para 2030, una verdadera novedad para un reino cuyo rigor religioso suele no empatar con las actividades de ocio¹ y otras decisiones individuales. Poco antes de su designación como príncipe heredero, Mohammed bin Salmán aseguraba que su país pronto albergaría un islam más moderado y tolerante, palabras inesperadas desde lo que fue la cuna del wahabismo, una de las interpretaciones más rígidas de la religión monoteísta.

Para octubre de 2017, sin embargo, una nueva zona de desarrollo futurista al noroeste del país era anunciada, lo que requería una inversión de al menos 500 mil millones de dólares². Asimismo, fueron anunciadas reformas sociales que acompañen a la apertura económica, como la reducción de los poderes de la policía religiosa, la Mutawa, una medida que desde el exterior es vista como un nuevo signo de liberalización. Bin Salmán, en ese sentido, sabe comunicar y olvidar las malas señales del reino.

Al igual que Marruecos, quien busca colocarse como principal potencia del Magreb y el África Occidental mediante el despliegue de su *poder blando*, Arabia Saudita recurre a la misma estrategia, pero modernizando sus instituciones e invirtiendo en diversos sectores estratégicos en los países vecinos.

Esto contrasta drásticamente con la guerra provocada por el régimen saudí en Yemen. El conflicto, que lleva ya cinco años, ha cobrado la vida de al menos diez mil personas y es considerado por la Organización de Naciones Unidas (ONU) como la peor

1 El país también recibió en los dos últimos años su primera Semana de la Moda, meses después de haber organizado un gran Festival de Jazz.

2 Arabia Saudita tiene grandes planes que incluyen una inversión por 64 mil millones de dólares en proyectos de entretenimiento que incluyen desde cines hasta una casa de ópera.

crisis humanitaria en la actualidad. Cabe recordar que, en su calidad de Ministro de Defensa, Mohamed bin Salmán estuvo al mando de la terrible ofensiva en contra del Movimiento Hutí, al que acusó de ser manipulado por Irán con el objetivo de minar los intereses saudíes en la región. A pesar de la oposición de Riad, el Consejo de los Derechos Humanos de la ONU investiga desde entonces los crímenes de guerra cometidos en la zona. El 9 agosto de 2018, por mencionar un caso, el autobús en donde viajaban 51 personas –incluidos 40 menores de edad–, fue alcanzado por un ataque aéreo sobre la ciudad de Sa’dah.

Aunado a lo anterior, otras crisis diplomáticas se desarrollaron a lo largo del 2017, año del ascenso del príncipe heredero. En mayo se desencadenaría la llamada crisis del Golfo, resultado de las presiones de los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Egipto y Arabia Saudita hacia Qatar, al que acusaron de apoyar a grupos terroristas. Sea por esto o por sus supuestos lazos con Irán, Qatar vio su única frontera terrestre cerrada y su línea aérea nacional impedida para realizar operaciones.

En noviembre de 2017, por otro lado, tuvo lugar el caso Hariri. Bin Salmán es acusado de haber retenido contra su voluntad durante dos semanas al Primer Ministro libanés, Saad Hariri, que estaba de visita en Arabia Saudita. Francia interviene finalmente para permitir la liberación del mandatario, quien presentó su renuncia al tocar suelo libanés. Arabia Saudita, por su parte, niega haberlo retenido contra su voluntad y obligado a renunciar.

Pero fue sobre todo el caso Khashoggi el que terminó por minar la imagen reformista de Mohamen Bin Salmán. El periodista, exiliado en Turquía, entró al consulado saudí en Estambul el 2 octubre de 2018, pero nunca más se le vio salir del inmueble; fue asesinado, de acuerdo con diversas fuentes, a manos de oficiales turcos y saudíes, por orden del príncipe heredero. Los 17 días de silencio de la Casa de Saud, antes de reconocer parcialmente los hechos, mostraron que los gobiernos occidentales siguen siendo muy cautelosos con el reino.

En resumen, se trata de un hombre entre dos reinos y sin dirección real en un momento muy crítico, ya que no es capaz de influir decididamente en la región. Afortunadamente, las sustanciales reservas de petróleo de Arabia Saudita aún le permiten aprovechar del tiempo para cumplir con la visión anteriormente promovida por el rey Abdallah, de una Arabia Saudita líder en el mundo árabe.

¿Puede el reino ser un líder regional responsable, un país que actúe como mediador de las crisis o los conflictos regionales? Para dar respuesta a la pregunta vamos a analizar las diferentes crisis o conflictos de la última década, al tiempo que utilizaremos la teoría del *complejo regional de seguridad*, de Barry Buzan (1983), fundador de la Escuela de Copenhague.

El hecho de que los estudios estratégicos se limiten al análisis de las grandes potencias, considera Buzan, es insuficiente. Los intereses de seguridad más importantes y frecuentes de estas potencias, asegura, dependen más de su vecindario inmediato que de otras superpotencias geográficamente distantes. A medida que aumenta la distancia geográfica, los problemas de seguridad son menos relevantes; es pues un sistema complejo de interdependencia regional, en donde las partes deben generar cooperación para menguar las tensiones y otorgar soluciones a los conflictos que les atañen.

De acuerdo con Buzan (1998), se trata de “un conjunto de unidades cuyos procesos primarios de seguridad están tan estrechamente relacionados que sus problemas de seguridad no pueden analizarse ni analizarse resuelto uno sin el otro”. Esta teoría sugiere, por lo tanto, que el sistema internacional puede dividirse en unidades regionales, dentro de las cuales las interacciones de seguridad pueden ser de confrontación –a través de la seguridad, es decir, la representación de amenazas existenciales que dan lugar a políticas de defensa–; de hostilidad, militar o no; o cooperativas, a través de la construcción de comunidades de seguridad.

Barry Buzan (2003), por otro lado, distingue cuatro sectores, además del militar, dentro de estos complejos de seguridad

regional: la economía, la política, la sociedad y el medio ambiente. Si el aspecto militar hace referencia directa a la teoría realista, que pone al centro de la seguridad internacional la estructura de los estados, los otros cuatro sectores le permiten a la teoría de los complejos de seguridad regional salir de este esencialismo.

Buzan (1983) también dejó en claro que la interdependencia en materia de seguridad es mucho más intensa para los estados dentro de los complejos de seguridad regional, que para los que están afuera. En Medio Oriente, los problemas de seguridad de los distintos estados están estrechamente relacionados; asuntos como el terrorismo y la migración irregular, pueden convertirse en puntos clave para la cooperación en la región.

El principal peligro para un complejo de seguridad regional, continúa Buzan (1991), es “el alto grado de amenaza o temor que dos o más estados sienten entre sí”. En el caso de Arabia Saudita, el riesgo proviene ya no sólo diversidad de las amenazas, sino de sus propias decisiones.

La posición saudí en los conflictos y en las crisis regionales

El conflicto es una disputa de intereses, opiniones o comportamientos entre individuos o grupos; por eso es un fenómeno común en la vida social. Si un conflicto se maneja de manera constructiva, puede tener beneficios extremadamente positivos tanto para el individuo como para la sociedad en general, pero los conflictos también pueden desencadenar la violencia si son tratados de manera errónea.

Existen diferentes definiciones de *conflicto armado*. El Programa de Datos de Conflicto de la Universidad de Uppsala lo define como aquellas confrontaciones que resultan en la muerte de 25 personas al año, y usa el término *guerra* o *conflicto armado masivo* para cuando las víctimas se cuentan por miles. En la práctica, rara vez se trata de una guerra porque el uso de este término

equivale a una declaración de naturaleza política; conflicto armado es la forma más utilizada, como en este artículo, y en teoría, se componen de tres fases: el período anterior a la violencia, el conflicto armado, y el período posterior al mismo (Paffenholz, 2006).

¿Qué es una crisis? En el lenguaje cotidiano, una crisis es un cambio repentino, a menudo decisivo, favorable o desfavorable, breve, repentino y violento, un período decisivo o peligroso de existencia, una escasez o insuficiencia de algo. A nivel político e internacional, es una ruptura de equilibrio, un período intermedio, caracterizado por un acceso breve, repentino y violento que tiene una historia, y orígenes específicos.

Para analizar una crisis debemos comprender todas sus dimensiones y factores de ruptura. También debemos entender quiénes son sus interlocutores, cuáles son sus motivaciones, y cómo se instrumentaliza el conflicto por parte de otros actores, cómo se mediatizan incluso fenómenos externos a la crisis y cómo estos pueden oscurecer los orígenes mismos del conflicto (Novosseloff, 2005).

La reflexión sobre la crisis, cabe señalar, es también una reflexión en torno a la salida de la crisis, a través de una estrategia de consolidación de paz gradual en la que participen tanto actores locales como internacionales. Ya no se trata solamente de mantener la paz de manera estática, sino de desarrollar programas que reconstruyan sociedades y estados frágiles. Las estrategias de salida son, por lo tanto, de largo plazo, estrategias que tendrán que valorar los esfuerzos de la *comunidad internacional*, lo que será su principal desafío (Novosseloff, 2005).

Arabia Saudita y la guerra en Siria

Ante el estallido del levantamiento sirio en marzo de 2011, el reino, reacio a apoyar un movimiento popular, comprometió su apoyo a la oposición hasta el mes de agosto, teniendo en cuenta la sensibilidad de la población saudí frente al desafío y el objetivo

de derrocar al régimen de Bashar al-Assad. Con ello esperaba debilitar al eje Teherán-Damasco y la posición de Hezbolá en Siria, ya que, para Riad, el precedente iraquí no debería repetirse.

Con el involucramiento de Qatar a favor de los rebeldes, la crisis se transformó en una oportunidad para la competencia entre las dos petromonarquías, esto a expensas de una ayuda efectiva a la oposición siria. Ambos países apoyaron a los grupos rebeldes pero sin desarrollar una estrategia común, lo que podría haber contenido de mejor manera los avances de Irán, quien por su parte tenía un objetivo claro: ofrecer apoyo incondicional al régimen de Assad (Levallois, 2017).

El desenlace de la guerra en Siria no fue muy favorable para Arabia Saudita. Los rebeldes perdieron la guerra y Bashar al-Assad se mantuvo en el poder. Al final, el reino debió aislarse, refugiándose en sus aliados de siempre: Emiratos Árabes Unidos, Jordania y Egipto, aliados débiles y sin peso el regional de una Turquía, que paradójicamente es aliado de Irán en la zona.

Cuando estalló la revuelta contra la dictadura de al-Assad, los sauditas apoyaron de inmediato a la oposición proporcionándoles dinero. En 2012, por iniciativa del Rey Abdullah y Qatar, las Fuerzas Armadas Sirias (ASL) se valieron del apoyo de la Liga Árabe y de los principales países occidentales, quienes aceptaron armar a los rebeldes. Poderosas figuras sauditas no dudaron en financiar a yihadistas extranjeros y grupos radicales, incluso aquellos que eran hostiles a las ASL. Las agencias de noticias cercanas a al-Assad, como la IRIB iraní o las oficinas de Hezbolá, afirman que los saudíes crearon al Estado Islámico desde cero, en coordinación con los Estados Unidos, esto para garantizar sus intereses petroleros y romper el frente antioccidental compuesto por Siria, Irán, Hamás y Hezbolá (Hanne, 2015).

Eso nos demuestra también las consecuencias negativas para Riad de sus propias decisiones. Sin embargo, las victorias del Estado Islámico en Siria e Irak (Watanabe, 2014) sí llegaron a representar una amenaza, ya que la hostilidad hacia el imperialismo estadounidense y la dinastía saudita derivaron en la confor-

mación de una corriente popular favorable al *califa* al-Baghdadi dentro del reino; 135 partisanos fueron arrestados e incluso se hablaba de oficiales de la Fuerza Aérea involucrados.

La rama saudí y yemení de Al-Qaeda, AQPA (al-Qaeda en la Península Arábiga), también experimentó una renovada impronta bélica, lanzando ataques contra mezquitas en el país que pronto serían rivalizados por los ataques fomentados por seguidores de otros grupos. Arabia Saudita se convirtió poco a poco en el patio de recreo de los salafistas más rabiosos (Hanne, 2015).

La diferencia fundamental entre Irán y Arabia Saudita en el manejo de conflictos es que Riad no tiene bases fuertes para construir una estrategia regional al igual que Teherán, quien tiene en el Hezbolá de Líbano, a un aliado; los saudíes han gastado grandes sumas de dinero para financiar a grupos sin obtener los mismos éxitos y lealtades. La caída de la ciudad de Alepo demostró la incapacidad de las petromonarquías para proporcionar apoyo a los rebeldes con el fin de invertir la correlación de fuerzas, lo que rusos e iraníes sí consiguieron (Levallois, 2017).

El papel decisivo de Riad en el conflicto en Yemen

En el verano de 2014, las manifestaciones estallaron en el norte de Yemen. Dirigidas por el Movimiento Hutí, degeneraron rápidamente en una guerra civil, al grado que las milicias tomaron el palacio presidencial de Saná el 20 de enero de 2015, desde donde se negoció la transición.

Sin resultados tangibles, los hutíes decidieron disolver los órganos de toma de decisiones para crear un Consejo Revolucionario; es entonces que el conflicto se precipita. El 24 de febrero de 2015, el presidente Abd Rabbuh Mansur al-Hadi se vio obligado a renunciar y, a pesar de la negativa del Parlamento, fue expulsado de la capital. Con el escape de al-Hadi hacia Adén, luego a Arabia Saudita, la confrontación se internacionalizó.

De hecho, el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) denunció en su momento un golpe de estado y pidió el regreso del presidente al-Hadi. Una coalición regional liderada por Arabia Saudita reafirmó su apoyo al depuesto presidente durante la cumbre de la Liga Árabe celebrada en Egipto, el 28 y 29 de marzo, y desde el 26 de marzo hasta el 21 de abril, tuvo lugar la operación *Tormenta decisiva*, la primera parte de una intervención que todavía no concluye; un portavoz de las Naciones Unidas diría más tarde que esta operación se estableció para “proteger la frontera saudí y defender al gobierno legítimo de Yemen”.

En el proceso, la resolución 2216 es votada el 14 de abril por la ONU, imponiendo un embargo a la venta de armas a los hutíes y sus aliados en Yemen. Al pasar esta resolución, la comunidad internacional le dio a la coalición liderada por Arabia Saudita la libertad de llevar a cabo sus operaciones (Henriette, 2016).

La rebelión Hutí en Yemen representaba un gran desafío para el reino debido a la proximidad de este país y porque Riad siempre ha considerado a Yemen como su patio trasero. Además, los rebeldes hutíes habían ocupado militarmente Saná, la capital, y Adén, la segunda ciudad más grande del país. La intervención saudí tuvo como objetivo eliminar a los hutíes de estas ciudades y obligarlos a retirarse a Sa’dah, una ciudad en el norte de Yemen y no lejos de la frontera con Arabia Saudita (Levallois, 2017).

El papel del reino en la guerra es central, como lo demuestra el aumento en su presupuesto militar, que saltó de 50 mil millones de dólares en 2012 a 87 mil millones en 2015, el tercer presupuesto militar más alto a nivel mundial. Estos gastos representan el 13,5% de su PIB. Aún más impresionantes son las importaciones de armas de Arabia Saudita, que crecieron un 275% entre 2006-2010 y 2011-2015. Los Emiratos Árabes Unidos, el segundo mayor contribuyente a la coalición, tiene un presupuesto de defensa de casi 23 mil millones de dólares. Juntos, estos dos países importaron casi el 10% del total de armas en el mundo entre 2011 y 2015 (Henriette, 2016).

¿Podría volverse en contra de Arabia Saudita la crisis con Qatar?

Una crisis internacional puede ser considerada, por definición, como un momento de extrema tensión del sistema internacional, durante el cual los responsables deben tomar rápidamente una decisión. Qatar enfrenta esta situación desde el 5 de junio de 2017, tras el anuncio de la ruptura en las relaciones diplomáticas por parte de Arabia Saudita y sus aliados (Bahréin, Emiratos Árabes Unidos, Yemen y Egipto). Esta decisión puede parecer sorprendente considerando que Qatar comparte un lugar en el Consejo de Cooperación del Golfo desde 1981.

El argumento oficial es el presunto apoyo acordado por Doha a grupos terroristas y la República Islámica de Irán; la realidad es otra. Este país ha intentado durante varios años llevar una agenda diplomática diferente a la de Arabia Saudita en ciertos temas, situación que resulta inaceptable ante los ojos saudíes. No obstante, Qatar no puede tener la misma posición que Arabia Saudita respecto de Irán, toda vez que Doha y Teherán tienen intereses económicos ligados a un enorme territorio gasero, North Field, que se extiende sobre sus aguas territoriales y el cual explotan en conjunto.

Esta crisis tiene en realidad causas mucho más significativas, que se remontan a la llamada Primavera Árabe. Desde 2011, Qatar ha aumentado su influencia en el Medio Oriente y en el Magreb, apoyando a los partidos originados de la Hermandad Musulmana, agrupación que es aborrecida por la monarquía saudí. Egipto ha sido el revelador de las divergencias de los puntos de vista entre los dos vecinos, porque Doha dio un apoyo infalible al presidente Mohamed Morsi, elegido democráticamente antes del golpe de Estado del general Al Sisi en 2013, ampliamente apoyado por Riad y Abu Dabi. La primera crisis importante tuvo lugar en 2014, cuando los saudíes pidieron a las monarquías del Golfo retirar a sus embajadores de Qatar. Dicha situación duró ocho

meses, y se presentó bajo las mismas circunstancias actuales: el apoyo de Doha a la Hermandad Musulmana.

Pero la región, contrario a la voluntad saudí, no está dividida en dos sino en tres bloques. El primero está dirigido por Irán, y tiene como sus aliados a Siria y a otros actores no estatales como las milicias chiitas iraquíes, el Hezbolá libanés y los hutíes en Yemen. El segundo bloque está dirigido por Arabia Saudita, muy anclado en sus aliados los Emiratos Árabes Unidos, Bahreín, Jordania y Egipto. El tercer y último bloque está dirigido por Turquía, con Qatar y los diferentes partidos que emanaron de la Hermandad Musulmana, establecidos en diferentes países de la región, unidos.

El riesgo para los saudíes consiste en haber alterado la estabilidad regional cuando su prioridad era la de hacer frente al aumento de poder de Irán a nivel político y económico. Turquía, como se mencionó, está claramente del lado de los qataríes. El parlamento turco votó en 2017 por el despliegue de tres mil hombres a una base en Qatar, proyecto que data de 2014. Las exigencias saudíes, en tanto, pasan por el cierre de la cadena Al-Jazeera, el cese del financiamiento de numerosos periódicos (Al-Araby al-Jadid, Al-Quds al-Arabi y la edición árabe del Huffington Post), así como detener el apoyo y el asilo de importantes miembros de Hamás y de la Hermandad Musulmana, como el célebre Yusuf al-Qaradawi. Erdogan, en ese sentido, no puede permitirse perder a su último aliado regional.

Los Estados Unidos, en tanto, están en una situación embarazosa porque la decisión saudí parece estar íntimamente ligada al discurso de Donald Trump en Riad. El problema es que mientras este último felicita a la monarquía por su decisión, el Pentágono ha sido más prudente, ya que en Qatar se encuentra la base militar de las fuerzas aéreas en el Golfo, albergando alrededor de diez mil soldados estadounidenses. Rusia y la Unión Europea, por su parte, esperan que las tensiones se reduzcan entre Riad y Doha.

La estrategia arriesgada de Mohamed bin Salmán en Líbano

La renuncia de Saad Hariri –que más tarde sería revertida– fue la consecuencia de esta lucha a muerte entre saudíes e iraníes. El 4 de noviembre de 2017, el primer ministro libanés anunció su dimisión, en vivo, desde Riad, lo que alimentó las sospechas de que Saad Hariri fue forzado por sus aliados sauditas. Al anuncio siguió el arresto de varios príncipes, empresarios y ministros sauditas.

La entrevista de un jefe del gabinete israelí en el periódico en línea de lengua árabe, Elaph, alimentó por otro lado los rumores de un acercamiento oficial entre el reino saudí con su antiguo rival, Israel, aunque hay que entender que los dos países tienen en común al mismo enemigo: Irán, quien los empuja a cooperar en materia de seguridad y pronto militar si continúan por ese camino.

Para los saudíes, Hariri es demasiado blando con Hezbolá, con el apoyo de Teherán, pero Riad se niega a ver que la ecuación libanesa no se pueda resolver sin el Hezbolá. Hasta las manifestaciones populares de 2019, era una apuesta casi segura que el próximo primer ministro sería un candidato de Riad.

En retrospectiva, podemos cuestionarnos sobre las luchas internas en el seno de la familia real saudí respecto a la sucesión de Salmán, y podríamos considerar la impulsividad de las decisiones tomadas en el plano diplomático –la guerra en Yemen y la crisis con Qatar– como la demostración de la voluntad del príncipe heredero de imponerse y de ser el centro del proceso decisional, algo que como hemos visto, podría voltearse en contra de su país.

¿Cuál es la influencia de la política exterior saudí en la región?

Es estos últimos años, gracias a su nueva alianza con Israel y las tensiones continuas con Teherán, parece que Riad quiere consolidar su influencia en la región. Mohamed bin Salmán, ministro de

Defensa, presidente del Consejo Nacional de Desarrollo, y príncipe heredero, está en el corazón de esta mutación. El príncipe heredero quiere, al mismo tiempo, cambios internos y regionales, pero primero hay que distinguirlos. Marcel Merle (1976) nos da una definición completa:

El interior designa un espacio delimitado, homogéneo y estructurado, que se puede comparar a un sistema relativamente integrado y cerrado en sí mismo. Por el contrario, [el exterior] denota un espacio abierto, heterogéneo y desestructurado en el que entran en acción una multitud de fuerzas que son difíciles de identificar y aislar. Ésta es la característica del ambiente en relación con el sistema. Sin embargo, lo interno y lo externo están en comunicación entre sí, al menos a través de una *esclusa* controlada por el gobierno y que constituye el espacio específico de la política exterior: su función es adaptar el sistema a su medio ambiente [...] pero la existencia de este mecanismo relacional no implica necesariamente un estado de equilibrio entre lo externo y lo interno. También puede servir como un instrumento para la dominación de uno u otro (pp. 410-411).

El mismo Merle explica bien, sin saberlo, los desafíos para el príncipe Mohamed bin Salmán:

La pesadez de las restricciones de origen interno es tal, que cualquier decisión de política exterior debe evaluarse de acuerdo con una doble racionalidad (interna y externa), y que la irracionalidad o la incoherencia de los comportamientos externos a menudo encuentra su explicación y su justificación en la búsqueda de lógica interna y coherencia (p. 420).

Marie Claude Smouts (1999) nos da más detalles sobre las complicaciones que pueden ocurrir para cualquier estrategia en materia de política exterior y que podría vivir el príncipe heredero:

Durante más de treinta años nos han estado diciendo que la política exterior no procede de un cálculo racional que proporcione la elección de objetivos y medios a los costos y beneficios esperados de una acción dada, sino del resultado aleatorio de un complejo, dentro del aparato estatal, entre actores heterogéneos que persiguen sus propios intereses. Servicios administrativos, asesores de príncipes, grupos de lobby, etcétera, cada uno juega su juego alrededor del responsable de la toma de decisiones. El resultado de este enfrentamiento dependerá de la política adoptada. La información es siempre imperfecta. Las motivaciones son siempre parciales (p. 1).

Desde el campo de la sociología de las relaciones internacionales, la siguiente cita nos dice algo muy importante para entender lo que está pasando en Arabia Saudita:

¿Deberíamos partir del sistema internacional y considerar los procesos domésticos como meros cinturones de transmisión que transforman las restricciones internacionales *objetivas* en políticas nacionales (como lo sugiere el enfoque del FMI en los países en los que interviene)? ¿O debería uno considerar el estado de la sociedad, las fuerzas sociales y las especificidades de los procesos de toma de decisiones como los determinantes esenciales de la política exterior? (Smouts, 1999: 10).

Con lo anterior se busca demostrar el vínculo entre lo interno y lo externo, en otras palabras, la imposibilidad de comprender y analizar la política exterior de este país sin analizar sus resortes internos. El propósito de volver a las causas es que las tensiones sean múltiples y no se reduzcan al criterio religioso, a las tensiones entre chiitas y sunitas. Los resortes internos, en ese sentido, explican parte del problema en torno al poder político saudí.

Una evolución diplomática forzada

Desde 2014, Arabia Saudita eligió limitar voluntariamente su producción de oro negro con el fin de contender el regreso del petróleo iraní en los mercados internacionales, y también para limitar la expansión del petróleo no convencional americano. Sin embargo, los países más afectados por esta estrategia fueron los propios miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), como Argelia y Venezuela, toda vez que el petróleo representa el 90% de sus exportaciones y más del 60% de sus ingresos presupuestales.

La razón económica es la capacidad americana de producir un petróleo no convencional a un precio competitivo, lo que hace que el petróleo convencional no sea obsoleto, pero sí menos importante en el plano geopolítico. La razón política, por otro lado, es la estrategia saudí para complicar las relaciones de Irán y los lazos de ciertas personalidades del país con grupos terroristas, bien sea Al Qaeda o el Estado Islámico. Lisa Watanabe (2014) lo analiza de la siguiente manera:

Además de frenar el activismo chií, los líderes sauditas también han enfrentado desafíos a la estabilidad interna de los islamistas sunitas. En el contexto del emplazamiento a gran escala de las fuerzas militares estadounidenses en territorio saudí durante la guerra en Irak en 1990-1, el movimiento Sahwa (*Despertar*), una amalgama de pensamiento entre el wahabismo y la Hermandad Musulmana, cuestionó el monopolio del régimen sobre el panislamismo, a pesar de que se ha visto considerablemente debilitado por la represión gubernamental. [Desde 2003,] Arabia Saudita también ha sido testigo de una serie de ataques por parte de Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP) [...] Aunque la mayoría de los ataques se dirigen contra Occidente en lugar de contra el régimen, [estos] han debilitado la confianza en la capaci-

dad del Estado saudita para proteger las instalaciones petroleras y mantener los suministros de petróleo (p. 2).

Watanabe (2014), por otro lado, también nos ofrece algunas perspectivas:

La política de seguridad regional de Arabia Saudita tiene como objetivo mantener la estabilidad interna frente a los desafíos ideológicos transnacionales que amenazan la legitimidad del régimen y la estabilidad de política interna, así como las amenazas militares de potencias regionales rivales. Mantener el *statu quo* nacional en el contexto regional actual es una tarea desalentadora. Las repercusiones de los levantamientos árabes tienen el potencial de desestabilizar el reino a nivel nacional, debido tanto a la agitación chií como al surgimiento del islam político. También han debilitado en gran medida al aliado regional tradicional de Arabia Saudita, Egipto [...] Un compromiso más riguroso en la región no está exento de precio. El Instituto Internacional de Investigación de la Paz de Estocolmo (SIPRI) informó recientemente que Arabia Saudita se ha convertido en el cuarto [país con mayor gasto] militar del mundo. Los gastos asignados a las fuerzas armadas aumentaron un 14 % entre 2012 y 2013, llegando a \$67 mil millones. Además de proporcionar fuerzas de seguridad robustas y leales para controlar las protestas a gran escala que pueden tener consecuencias para la elite gobernante, el aumento en el gasto también puede estar relacionado con las preocupaciones sobre Irán (pp. 2-4).

La rivalidad con Irán no parece tener solución. En nombre de la lucha contra lo que denuncia como expansionismo, Arabia Saudita ha desplegado, en los últimos años, una hiperactividad diplomática y militar que mueve las líneas en el Medio Oriente. La rivalidad saudí-iraní, sin embargo, no es reciente, ya que se

remonta a la creación de la República Islámica en 1979. Este último pretende encarnar un modelo de islam revolucionario y republicano en las antípodas del modelo monárquico y conservador de Riad.

Si el conflicto entre Riad y Teherán es esencialmente político, cada lado moviliza sus correligionarios suníes o chiíes para contrarrestar las ambiciones de dominación regional de la otra parte. Hasta principios del 2000, el conflicto era más bien proselitista, en donde cada parte redobla esfuerzos para exportar su versión del islam e incluso daba cabida a la influencia religiosa de la otra.

A partir de 2003 comienza una serie de eventos que transformarían la percepción saudita del conflicto, comenzando por la caída de Saddam Hussein, que abre el camino para la expansión de la influencia iraní en Iraq; y la autoproclamada victoria de Hezbolá sobre Israel en 2006, que le valió al movimiento una creciente popularidad y acompañó su creciente influencia en la política libanesa (Lacroix, 2018).

Conclusión

La edificación de un *complejo regional de seguridad* necesita de una voluntad política fuerte que sólo los verdaderos líderes regionales pueden promover. En Medio Oriente tenemos cuatro países líderes en términos militares: Arabia Saudita, Irán, Turquía y Egipto. Esos cuatro deberían apoyar la construcción de un sistema regional de cooperación y de estabilidad, pero sus intereses son tan distintos que dudamos que en un futuro cercano se pueda lograr, sobre todo por la política exterior agresiva de Arabia Saudita, más enfocada en cumplir sus objetivos de corto plazo.

Por si fuera poco, la sociedad saudí y una parte de la familia real tienen una opinión muy negativa respecto de los acercamientos recientes con Israel, pero Mohamed bin Salmán quiere tener la última palabra. Aliados como Jordania y Egipto tienen un tratado de paz con Israel, y los Emiratos Árabes Unidos han alineado su política exterior con la de Arabia Saudita, sin embargo,

Hamás y otros movimientos de la Hermandad Musulmana –que han estado en la mira de Riad por varios años–, ahora se dirigen a Qatar e Irán para obtener apoyo financiero, logístico y diplomático, esto ante un posible enfrentamiento o escalada de tensiones con Israel, Arabia Saudita y el Egipto de Al Sisi.

El reino debería tener una visión más abierta de los problemas regionales y no ser tan egoísta, pues su capacidad militar aún depende de la importación de armas occidentales y su poder económico, del éxito futuro de los proyectos de diversificación de Mohamed bin Salmán. Las consecuencias políticas y sociales, en caso contrario, podrían ser muy graves.

Referencias

Allison, G. T. y Zelikow, P. (1999). *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Longman.

Blin, L. (2016). L'émancipation contrainte de la politique étrangère saoudienne. *Politique étrangère*, (2), 49-61.

Buzan, B. (1983). *People, States, and Fear: The National Security Problem in International Relations*. Longman.

Buzan, B. (1991). New Patterns of global security in the 21st century. *International Affairs*, 67(3), 431-451.

Buzan, B., Waever, O. y De Wilde, J. (1998). *Security: A New Framework for Analysis*. Lynne Rienner.

Buzan B. y Waever O. (2003). *Regions and Powers: the Structures of International Security*. Cambridge University Press.

Charillon, F. (2004). La diplomatie saoudienne à l'épreuve de la turbulence. *Études*, 400 (2), 153-165.

Djebbi, S. (2010). Les complexes régionaux de sécurité. *Fiche de l'Irsem*, 5, 9.

Hanne, O. (2015). Une alliance coûteuse. Quand l'Arabie Saoudite tire les ficelles. *Choisir*, 24-28. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01425742>

Henriette, V. (30 de noviembre de 2016). *Yémen: origines et état des lieux de la crise politique et humanitaire*, Éclairage du Groupe de Recherche et d'Information sur la Paix et la Sécurité. https://grip.org/wp-content/uploads/2016/11/EC_2016-11-30_FR_V-HENRIETTE.pdf

Lacroix, S. (9 de abril de 2018). Les Saoudiens considèrent l'Iran, à tort ou à raison, comme une menace existentielle. *Le Monde*. <http://www.lemonde.fr/idees/article/2018/04/07/les-saou->

diens-considerent-l-iran-a-tort-ou-a-raison-comme-une-mena-ce-existentielle_5281971_3232.html

Laurens, H. (25 de febrero de 2016). De quoi parlaient le président américain et le roi saoudien en février 1945 ? *Orient XXI*. <https://orientxxi.info/magazine/de-quoi-parlaient-le-president-americain-et-le-roi-saoudien-en-fevrier-1945,1213>

Levallois, A. (2017). L'Arabie saoudite: vers une diplomatie plus interventionniste? *Annuaire IEMed de la Méditerranée*, 140-142.

Merle, M. (1976). Politique intérieure et politique extérieure. Politique étrangère, 41(5), 409-421. <https://doi.org/10.3406/polit.1976.1704>

Novosselof, A. (2005). Crises et conflits internationaux-Introduction. *AFRI*, 6.

Paffenholz, T. (2006). Promotion de la paix et coopération internationale : histoire, concept et pratique. *Annuaire suisse de politique de développement*, 25 (2).

Poirier, L. (1982). Essais de stratégie théorique. *Cahier de la Fondation pour les études de défense*, 22 (13).

Romain, A. (2012). Les défis internes de la dynastie saoudienne. *Revue internationale et stratégique*, 87(3), 30-40.

Seznec, J. (2011). La révolte arabe et le vide géopolitique en Arabie saoudite. *Outre-Terre*, 29 (3), 489-492.

Sfez, L. (1992). *Critique de la communication*. Le Seuil.

Smouts, M.C. (1999). Que reste-t-il de la politique étrangère? *Pouvoirs*, (88), 5-15.

Tétart, F. (2017). *La péninsule arabique, cœur géopolitique du Moyen-Orient*, Armand Colin.

Watanabe, L. (2014). Testing Times for Saudi Arabia. *CSS Analyses in Security Policy*, (153), 1-4.